
CANTO DÉCIMOQUINTO.

Viaje de los dos mensajeros.
Recorriendo el Mediterráneo, observan la armada del rey de Egipto.
Pasan las columnas y llegan á las islas Afortunadas.

I

Llamaba el claro rayo matutino
A los vivientes todos al trabajo,
Cuando el sabio á los dos guerreros vino
Y escudo, mapa y vara de oro trajo.
“Aparejaos—dice—al gran camino
“Antes que suba el día, ahora bajo;
“Veis, como os ofrecí, que os traigo cuanto
“De la maga á vencer basta el encanto.”

II

Levantados están y la armadura
En sus robustos miembros ya ceñida,
Y por la vía subterránea, oscura
Por donde entraron, hacen su salida,
Siguiendo al viejo: allí aun la huella dura
Que estamparan sus piés á la venida.
Al río llegan, y él, “Amigos—dice
“Me despido; llevad suerte felice.”

III

El río los recibe; lisonjera
 Su onda los alza y lleva suavemente,
 Cual suele levantar hoja ligera
 Que al fondo se arrojó violentamente,
 Y los posa en la plácida ribera.
 La prometida guía está presente;
 Ven breve barca, y en la popa de ella
 La anunciada fatídica doncella.

IV

En su frente el cabello terso ondea,
 Su mirada es cortés, grata y brillante,
 Y con tal luz su rostro centellea,
 Que al de un ángel del cielo es semejante;
 Parece que iris su ropaje sea,
 Ya azul, ya rojo, en su color cambiante,
 Y muestra cada vez que se le mira
 Vario matiz, que en tornasoles gira.

V

Como pluma se ve que adorna y pinta
 De amorosa paloma el gentil cuello
 Que presenta al mirar color distinta
 Puesta del sol al fúlgido destello:
 Ya de rubí parece ardiente cinta,
 Ya de esmeralda finge el verde bello,
 Ora los mezcla, y con mudanza tanta,
 A quien contempla su belleza, encanta.

VI

“ Entrad—dice—en buen hora en esta breve
 “ Barca, en que el mar navego, confiada
 “ De que feliz su curso siempre lleve
 “ A todo viento, vaya ó no cargada;
 “ Mi diestra el viaje vuestro, regir debe,
 “ Que hacerlo soy de mi señor mandada.”
 Dice la dama, y á la verde orilla
 Impele con los remos la barquilla.

VII

En cuanto al noble par en ella acoge,
 La tierra empuja y corta el agua lenta;
 Luego al aire la vela ancha descoge
 Y el gobernalle á dirigir se sienta;
 El torrente con la agua que recoge
 Tanto se hincha y su caudal aumenta,
 Que navíos llevara. Al barquichuelo
 Sostener bien podría un riachuelo.

VIII

El viento que la usada fuerza acrece,
 La vela río abajo va empujando;
 Cana espuma las olas emblanquece
 Que atrás rotas se agitan murmurando.
 Llegan adonde el río en lecho crece
 Y al mar se acerca sosegado y blando,
 Al cual cayendo, en sus inmensos senos
 Perdido queda, ó lo parece al ménos.

IX

Apénas toca la admirable nave
 Al mar que se agitaba proceloso,
 Se disipa el nublado; el notó grave
 Cesa, que amenazaba tempestuoso.
 Los montes de agua allana la aura suave;
 Solo riza el cristal azul y hermoso;
 Ríe plácido el cielo dulcemente,
 Más que nunca sereno y esplendente.

X

Pasa Ascalon la barca, y se encamina
 A la siniestra mano al Occidente,
 Y pronto á Gaza encuéntrase vecina,
 Que fué puerto de Gaza antiguamente,
 Y prosperando con ajena ruina,
 Llegó ciudad á ser grande y potente,
 Que sus extensas playas via llenas
 De tantos hombres como tiene arenas.

XI

Mirando á tierra, ven los navegantes
De tiendas multitud casi infinita,
Y copia de ginetes y de infantes
Que entre la playa y la ciudad se agita,
De cargados camellos y elefantes
Largo cordon el arenal transita,
Y en la bahía cóncava se encierran
Las naves que en sus áncoras se aferran.

XII

Unas la vela dan, á otras cual pluma
El remo lleva que la mar azota,
Y vése á trechos la argentada espuma
Que herida de las proas la onda brota.
Dice la dama: "La crecida suma
" Que veis de infieles y la inmensa flota
" Aun no son toda la guerrera gente
" Que allegar puede el déspota de Oriente.

XIII

" De Egipto y su inmediata cercanía
" Es esta sólo, y la lejana espera;
" Que á Levante se extiende y Mediodía
" El terreno vastísimo en que impera;
" Así de ida y vuelta hacer la vía
" Espero, ántes que él mueva su bandera;
" Y de aquí marche el campamento alzando
" Él ó quien de sus fuerzas lleve el mando."

XIV

Miéntas habla, cual suele águila altiva,
Segura entre otras aves, por el cielo
Volar del sol hasta la lumbre viva
Donde ya no se aviste desde el suelo,
Así la nave entre las otras iba
Rauda, sin susto alguno ni recelo
De que álguien la detenga ó aprisione
Y á todas se adelanta y las traspone.

XV

Pronto está junto á Réfah la barquilla,
Que es de Siria ciudad, y la primera
Yendo de Egipto. A la infecunda orilla
Se aproxima despues de Rinocera.
No léjos alto un monte á maravilla
Ve al mar tender la altiva cabellera:
El pié baña en las olas movedizas
Y de Pompeyo guarda las cenizas.

XVI

A Damietta ve luego, y descubiertas,
De humor celeste, al mar tributo dando,
Del Nilo las famosas siete puertas
Con ciento más sus aguas aumentando;
Y pasa la ciudad que en las desiertas
Playas fundó de griegos fuerte bando,
Y el Faro, isla apartada antiguamente
Y que ya unida se halla al continente.

XVII

De Creta y Rodas la region, remota
Deja, y por la africana costa viene;
Junto al mar culta y fértil ser denota,
Arena y monstruos dentro sólo tiene.
Rasa á Mármara, sigue su derrota
Por las cinco ciudades de Cirene,
Surge allí Tolemaida, y el mentido
Leteo con las aguas del olvido.

XVIII

Temiendo la gran Sirte, al mar se aleja
De la costa riesgosa al navegante.
Atrás el cabo de Giudeca deja,
Y á Magreb y su estrecho: no distante
Trípoli y Malta ve; tanto proeja,
Que de las otras Sirtes sale avante.
La isla de Alzerbe cerca está situada
Que de los Lotofagos fué morada.

XIX

Ve á Túnez que en la curva playa asienta
 Y el golfo con un monte á cada lado.
 Túnez, ciudad famosa y opulenta
 Cual la que ha más el Africa ilustrado.
 Sicilia cerca de ella se presenta
 Frente al gran Lilibeo celebrado:
 Allí á los dos señala la doncella
 El sitio que ocupó Cartago bella.

XX

Yace la alta Cartago; apénas triste
 Rastro de su grandeza se conserva;
 Mueren ciudades, reinos, cuanto existe;
 Cubren el fausto y pompa arena y yerba,
 Y á ser mortal el hombre se resiste,
 ¡Oh mente nuestra mísera y proterva!
 Van á Biserta y en conñin lejano
 La isla ven de Cerdeña á la otra mano.

XXI

Las playas pasan do el feroz numida
 En vida pastoral vagaba errante;
 Bugía y Argel do infame chusma anida
 De corsarios, y Oran poco adelante;
 La Tingitana costa que en crecida
 Turba habita el leon y el elefante,
 Hoy de Marruecos reino, y juntamente
 Ven á Fez y Granate frente á frente.

XXII

Ya están en donde el mar abrió camino
 Que por obra de Alcides se contaba.
 Quizá es lo cierto que á romperse vino
 Con alta ruina lo que unido estaba,
 Por el Océano. El gran flujo marino
 De Avila á Calpe entónces alejaba:
 Partió á España de Libia ántes contigua.
 ¡Tanto pudo cambiar la edad antigua!

XXIII

Cuatro veces el sol corrió su esfera
 Desde que vela dió la barca leve,
 Sin que puerto jamas tocado hubiera
 Aunque del viaje ya gran parte lleve.
 Entra al estrecho y pásalo ligera,
 Y ya al inmenso piélago se atreve.
 Si es grande el mar á quien la costa encierra,
 ¿Qué será donde él cerca la ancha tierra?

XXIV

Ya impide ver la ola cual montaña
 A Cádiz y dos islas que avecina;
 Huyen las playas de Africa y de España;
 El mar al cielo, el cielo al mar confina.
 Dice Waldo: "Pues tú para alta hazaña
 " Nos llevas por el mar que no termina,
 " Dí si otro aquí llegó, y si el ignorado
 " Mundo á que vamos de otro es habitado."

XXV

" Despues—responde—que Hércules purgara
 " De monstruos á la Libia y suelo hispano,
 " Y vuestras tierras todas conquistara,
 " No osó tentar el insondable Océano,
 " Y límites fijó con que estrechara
 " En exceso el osado ingenio humano;
 " Mas esas lindes despreció animoso
 " Ulises, de saber y gloria ansioso;

XXVI

" Las columnas pasó, y al mar abierto
 " Con sus remos llevó curso atrevido;
 " Mas sin valerle ser en la onda experto,
 " Fué en el voraz Océano sumergido.
 " Dónde su cuerpo yace, quedó incierto,
 " Y aun su fin, de vosotros no es sabido.
 " Si otro aquí echó del viento la violencia,
 " No tornó ó dejó acaso la existencia.

XXVII

“ Así este mar ignoto, é ignoradas
 “ Las islas son y reinos que circunda.
 “ Mas no sus tierras son deshabitadas:
 “ Algunas, cual la vuestra más fecunda,
 “ Opimos frutos dan fertilizadas
 “ Que el sol de luz y de calor inunda.”
 Replica Waldo: “De ese mundo oculto
 “ Sus leyes dinos y el gobierno y culto.”

XXVIII

Ella dice: “La mixta, varia gente,
 “ Difere en ritos, leyes y costumbres:
 “ Este adora las bestias reverente,
 “ Otro á natura, al sol y etéreas lumbres;
 “ Hay quien de humana carne se alimente
 “ Y quien sólo de granos y legumbres;
 “ Y en suma, ya pasada Calpe, todos
 “ Son bárbaros en fe y en trato y modos.”

XXIX

“ Luego—siguió á decir el caballero—
 “ ¿El Dios que trajo al mundo la luz pura,
 “ Dél tan gran parte, en el error primero
 “ Deja sumida y en tiniebla oscura?”
 “ No—ella responde—el culto verdadero
 “ Ha de venir y la civil cultura,
 “ Y no siempre será que el mar profundo
 “ Del vuestro separar pueda este mundo.

XXX

“ Vendrán á ser de Alcides las señales
 “ Fábula á los marinos animosos;
 “ Golfos sin nombre hoy y litorales
 “ Ignorados aún, se harán famosos:
 “ Uno entre los viajeros inmortales
 “ Los mares correrá más procelosos,
 “ Y del sol emulando la carrera,
 “ Triunfante rodeará la tierra entera.

XXXI

“ Un hombre de Liguria será osado
 “ A arrojarse el primero al curso ignoto;
 “ Ni el mar bravío, el viento desatado,
 “ Ni el clima incierto en piélagos remoto,
 “ Ni el riesgo por mayor hoy estimado
 “ Del más hábil é intrépido piloto,
 “ Su mente audaz hacer podrán que aquiete
 “ Y que de Avila el límite respete.

XXXII

“ Irán, Colon ilustre, tus entenas
 “ A nuevo polo en vuelo tan violento,
 “ Que la fama seguirte podrá apénas
 “ Con sus cien ojos y sus alas ciento.
 “ Cante á Alcides y Baco en voces plenas;
 “ A tí será bastante un solo acento
 “ Que á los pósteros lleve tu memoria
 “ Para inmortal poema y noble historia.”

XXXIII

Así ella dijo, y por la undosa senda
 Corre al Poniente y dobla al Mediodía;
 Mira cómo á su frente el sol descienda
 Y á su espalda renazca el claro día.
 Antes que Aurora bella el rayo extienda
 Llenando cielo y tierra de alegría,
 Lejano oscuro monte, de repente
 Ven que esconde en las nubes su alta frente,

XXXIV

Y observan, cuando van más adelante,
 Ya de nubes disuelto el velo espeso,
 Que á pirámide aguda semejante,
 Sutil la cima y hácia el medio grueso,
 Muestra la cumbre á veces humeante,
 Como el que impone á Encélado su peso,
 Que humo arroja de día á la contina
 Y en la noche con llamas ilumina.

XXXV

Hé allí otras islas ménos escarpadas;
Mas baja y fácil muestran su pendiente;
Estas eran las islas Fortunadas,
Que tal nombre les dió la antigua gente.
Creyéronlas del cielo tan amadas,
Que sin arar la tierra, libremente
Mieses y ricos frutos producía
Y sin labor la dulce vid crecía.

XXXVI

Nunca el fruto faltaba en los olivos;
Miel destilaba de la hueca encina;
Descendian del monte arroyos vivos
Con agua mansa, dulce y cristalina;
El céfiro templaba los estivos
Ardores cuando más el sol se empina;
Y los Eliseos campos allí estaban
Do las felices almas reposaban.

XXXVII

Al llegar, ella dice: "Ya cercano
"Teneis el puerto á do el bajel navega;
"Las islas Fortunadas veis á mano
"De las que fama, aunque dudosa, os llega.
"Bellas, fértiles son; su ambiente sano;
"Mas mucho falso á la verdad se agrega."
Miéntras hablaba, acércase ligera
A la que de las diez es la primera.

XXXVIII

Cárols comienza entónces: "Si lo admite
"La alta empresa, señora, á que nos guías,
"Que ponga yo en la tierra el pié permite:
"Vea la playa é ignotas cercanías:
"Del culto, usos y fe de quien la habite
"Envidie el sabio las noticias mías;
"Y cuando lo que allí mire dijere,
"Yo lo ví, decir pueda á quien lo oyere."

XXXIX

Ella responde: "Digno es el intento
"De tu ingenio y valor, mas no es posible;
"Que obsta severo á darle cumplimiento
"El decreto del cielo ineludible:
"Aun no llega del gran descubrimiento
"El tiempo que fijó Dios infalible,
"Ni revelar es lícito el misterio
"De esta region allá en vuestro hemisferio.

XL

"Por gracia, y contra el término fijado
"Al navegante, aquí os he conducido,
"E iréis donde el guerrero aprisionado
"Está que á libertar habeis venido;
"Básteos, que más querer, es contra el hado
"Rebelarse soberbio y atrevido."
Calló. La primer isla parecía
Abajarse, y subir la que seguía.

XLI

Ella les señalaba que al Oriente
En órden largo están todas seguidas,
Y que unas de otras distan igualmente
Del mar por el espacio divididas;
En siete de ellas puede verse gente
Y labores y casas construidas;
Tres son desiertas: fieras alimañas
Sólo albergan sus selvas y montañas.

XLII

De éstas en una hay un lugar sumido
De la playa en el fondo, que se extiende
En dos puntas que forman escondido
Curvo seno. Un escollo le defiende
Que á él da frente, y espalda al mar tendido,
Al cual si se alza, le rechaza y hiende.
A un lado y otro dos enormes peñas
Cual torres, son al navegante señas.

XLIII

Al pié duerme la onda sosegada;
 Arriba selva hay de sombra llena;
 Y en el medio una cueva colocada
 Con hiedra y césped y agua dulce, amena.
 Ni cable aquí ni de áncora pesada
 El diente la cansada nave enfrena.
 A este lugar tan solo y quieto llega
 La dama, y la tendida vela plega.

XLIV

“ Mirad, les dice, sobre aquella roca
 “ La mole que en la altura se parece:
 “ Allí en banquetes y ocio y fiesta loca
 “ El campeon de Cristo se entorpece.
 “ Cuando al nacer el sol la esfera toca,
 “ Vuestro paso á la cumbre se enderece;
 “ No os pese el aguardar: otro momento
 “ Que el del alba, fatal fuera al intento.

XLV

“ Podréis en lo que falta aún del dia
 “ Llegar adonde á alzarse el monte empieza.”
 Ya despedidos de su noble guía,
 La ansiada playa pisan con presteza,
 Y tan fácil y suave hallan la via
 Que cansancio no sienten ni flaqueza.
 Cuando llegan al monte, aún lejano
 De Febo el carro está del Océano.

XLVI

Ven que por quiebras y ásperos breñales
 Se sube á la soberbia enorme altura;
 Cubren de nieve y hielo los cristales
 La falda: arriba hay flores y verdura;
 Cana barba; la frente con vernaes
 Cabellos; guarda fe la nieve pura
 Al lirio y tierna rosa. Pudo tanto
 Sobre naturaleza arte de encanto.

XLVII

Los dos al pié de la salvaje cumbre
 Detienen á esperar el pié prudente.
 Cuando en el cielo esparce nueva lumbre
 El sol, de la áurea luz eterna fuente,
 Álzanse y con los bríos de costumbre
 Comienzan á subir la agria pendiente;
 Mas cruza, sin saber de dónde vino,
 Fiera, horrenda serpiente su camino.

XLVIII

Levanta de oro escuálido, escamosas
 Cabeza y cresta; el cuello infla de ira,
 Arde su ojo; las garras poderosas
 Cubre el vientre; veneno y humo espira;
 Ora en sí se replega, ora nudosas
 Roscas forma y en pos el cuerpo estira.
 Tal de aquel sitio se presenta en guarda;
 Pero de ellos el paso no retarda.

XLIX

A ella va Cárlos con espada en mano;
 Mas grita el otro: “¿Tu valor qué intenta?
 “ Con armas tales, con esfuerzo humano
 “ De vencer al dragon has hecho cuenta?”
 Vibra la vara de oro al aire vano
 De modo que la fiera el silbar sienta;
 Al són despavorida huye de prisa,
 Hace lugar y aplástase sumisa.

L

Más alto un poco, el paso les disputa
 Leon rugiente: su feroz mirada,
 Su abierta boca, su melena hirsuta
 Muestran su horrible cólera inflamada.
 Suena la vara apénas, y la bruta
 Fiera se humilla luego amedrentada:
 Secreto espanto el corazon le hiela,
 Y cual si alas tuviera, huyendo vuela.

LI

Siguen los dos, impávidos, veloces;
Mas formidable hueste ven delante
De horrendas fieras varias en sus voces,
Varias en movimiento y en semblante:
Los monstruos más terribles y feroces
Hay que entre el Nilo vaguen y el Atlante,
Y cuantas bestias bravas inhumanas
Guardan la selva Ercinia y las hircanas.

LII

Mas tan crecido ejército y tan fiero
Ni resistirles ni arredrarlos puede;
Que una mirada ó un silbo ligero,
¡Oh milagro! vencido hacen que quede.
Ya victorioso gana el par guerrero
La altiva cima; todo estorbo cede,
Si no es que el riguroso frio alpino
Hace tardo y penoso su camino.

LIII

Mas salvado el lugar que cubre el hielo
Y superada la áspera ladera,
Ven de dulce estacion templado cielo
Y en la cima una abierta amplia pradera:
El aura perfumada en manso vuelo
Sopla constante, suave y placentera.
No, cual en otras partes acaece,
Su aliento, el sol girando, mengua ó crece;

LIV

Ni alternan con el frio los calores,
Nubes y calma, en rápida mudanza:
Siempre el cielo de nítidos fulgores
Vestido, al aire da dulce templanza;
Nutre el prado la yerba y gayas flores;
Todo es aroma, y sombra y bienandanza.
En un lago un palacio hay que domina
Magnífico, la sierra y la marina.

LV

Los guerreros por la alta agria subida,
Asaz cansados y anhelantes vienen;
Lentos siguiendo van la via florida
Y andan á su placer ó se detienen:
Ven fresca fuente que á bañar convida
Los labios que de sed enjutos tienen.
De una alta peña cae: clara y fria
Plantas y flores sin cesar rocia.

LVI

Luego por entre verde yerba tierna
En profundo canal corre pausada,
Y bajo de frondosa sombra eterna,
Oscura, murmurante va y helada;
Mas trasparente, deja que discierna
Cuanto en su fondo se halla, la mirada,
Y verde, las orillas adornando,
Menudo césped hace asiento blando.

LVII

La fuente es de la risa, y ese el rio
Que peligros encierra en sí mortales.
Dicen: "Aquí enfrenar nuestro albedrío
"Conviene, y cautos evitar los males,
"Ensondando al dulce canto impío
"De las bellas sirenas infernales."
Llegan así hasta donde el curso vago
Termina el rio en un extenso lago.

LVIII

Allí en adorno rica, en manjar rara,
Aprestada en la orilla está una mesa,
Y juguetean en el agua clara
Dos ninfas, á cual más viva y traviesa.
Ya rien salpicándose la cara,
Y á competencia nadan con gran priesa;
Ya á somorgujo están un gran espacio;
Ya la cabeza y dorso alzan despacio.

LIX

Mueven desnudas, lindas las doncellas,
De los héroes los pechos algun tanto,
Y así á verlas se paran. Siguen ellas
Sus juegos y retozos entretanto.
Se alza una y muestra las dos pomas bellas
Y cuanto diera á quien lo viese encanto
Del seno arriba, descubierto al cielo:
Da el agua á lo demas diáfano velo.

LX

Cual del mar sale estrella matutina,
De rocío adornada y centellante,
O Vénus al nacer de la marina
Fecunda espuma, bella y rozagante,
Tal ésta pareció. La cristalina
Onda escurre el cabello rutilante;
Los ojos vuelve, finge artificiosa
Que á los dos ve, y se encoge ruborosa.

LXI

Su cabello en un lazo recogido
De la cabeza encima, aprisa suelta,
Que cayendo larguísimo y tupido
En manto áureo su nieve deja envuelta.
¡Oh! cuán bella es la imágen que han perdido!
Mas en otra lindísima está vuelta.
Por el agua y cabello así velada,
A ellos se vuelve, alegre y sonrojada.

LXII

Se avergonzaba á un tiempo y se reía:
Hacia el rubor la risa mas graciosa,
Y la risa al rubor que la cubria
Hasta la frente, la su faz preciosa;
Tan suave despues la voz movia,
Que á vencer á otros fuera poderosa:
“ Oh viajeros felices, que el destino
“ Llegar permite á este lugar divino,

LXIII

“ Este el puerto es del mundo: aquí consuelo
“ De las penas, y aquel placer se siente
“ Que en el siglo de oro daba el cielo
“ A la antigua sencilla y libre gente.
“ Las armas que os ciñó vuestro recelo
“ Ora dejar podeis seguramente,
“ Y un trofeo hacer de ellas al reposo;
“ Que no hay combate aquí si no amoroso.

LXIV

“ Tendréis el dulce lecho por palestra,
“ Y la mórbida yerba de los prados;
“ Os llevarémos á la reina nuestra
“ Que á sus vasallos hace afortunados,
“ Y acaso quiera la ventura vuestra
“ Veros á sus placeres destinados.
“ El polvo ántes dejad en esta fuente,
“ Y aquella rica mesa os alimente.”

LXV

Una así dice; la otra, seductora
La apoya con mirar dulce y honesto,
Como suele seguir la voz sonora
Del instrumento el paso tardo ó presto.
Ellos al habla falsa, engañadora,
La oreja cierran con severo gesto,
Y el grato aspecto y el decir pulido
Sólo por fuera halagan su sentido.

LXVI

Si de aquella dulzura almibarada
Parte penetra que un deseo aliente,
La razon pronto, de rigor armada,
Extirpa y corta ese querer naciente,
Y es de ellas la esperanza así frustrada.
Ellos callando vánse cautamente
Al palacio. Hácia el fondo ellas se arrojan,
Que de verse burlar tanto se enojan.

FIN DEL CANTO DÉCIMOQUINTO.